

# Cuba, antes de la llegada de Fidel Castro

A lo largo de numerosos gobiernos, durante el pasado siglo XX, Cuba nunca fue una democracia "contenta de sí misma". Las razones fueron y son múltiples. Basta decir que por limitaciones de experiencia y exceso de temperamento, por peculiaridades de la composición demográfica, por insuficiencia económica y por la falta de mejores elementos de la ciudadanía, la política de Cuba cayó desde muy temprano en manos de frustraron los ideales de la lucha por la independencia.

El gran mal de Cuba fue, en el orden público, la corrupción electoral y administrativa. Contra una y otra se alzó la irritación de los partidos políticos, frente al poder, o la del pueblo cubano frente a los partidos. Tales movimientos generaron a veces revoluciones menores; otras veces, gobiernos fuertes. Uno de éstos, el del general Machado, cayó en 1933 bajo el impulso de una fuerte oleada revolucionaria. Se creyó entonces que Cuba nacía a una nueva era. Se proyectaron reformas económicas, sociales y políticas y comenzó un período pos-revolucionario largo y difícil.

En el curso de ese lapso dos hombres sobresalieron con perfiles propios. Uno de ellos era un civil, médico, Ramón Grau San Martín, líder del llamado Autenticismo revolucionario. El otro era un militar, el sargento Fulgencio Batista, que con un movimiento armado derribó al primer gobierno provisional sucesor de Machado el 4 de septiembre de 1933.

Fulgencio Batista se acreditó como garante del orden frente a la impaciencia revolucionaria y ascendió meteóricamente de sargento a coronel jefe del ejército y a general más tarde. Posteriormente, después de proclamarse la Constitución de 1940, Batista llegaría por la vía elec-

toral a la presidencia de la república.

La Constitución de 1940 logró, en cierto modo, recoger y plasmar las intenciones renovadoras que la había animado. Sin embargo, en la práctica de los gobiernos posteriores, los dos males tradicionales sobrevivieron y aun se agudizaron bajo nuevas formas; la corrupción electoral y administrativa apareció renovada y vigorosa.

Hacia 1950, sin embargo, había razones para esperar que la corrupción, ante la presión de una opinión pública cada día exigente, terminaría por ser vencida. En procura de ese fin había surgido, durante el segundo gobierno del Autenticismo, presidido por Carlos Prío Socarrás, un movimiento derivado de ese partido que adoptó el nombre de Ortodoxo y, más tarde, de Partido del Pueblo Cubano, cuya dirección asumió Eduardo Chibás. La fogosa oratoria de éste había flagelado sin descanso los males heredados de los gobiernos anteriores, presionando a Prío Socarrás y obligándolo a hacer grandes esfuerzos para sanear al país.

Entretanto las elecciones, fijadas para el 1.º de junio de 1952, se acercaban implacablemente. Sin embargo, el acto comicial no llegaría a celebrarse. Tres meses antes, en marzo del mismo año, el día 10, el mayor general retirado y senador por el Partido Liberal Fulgencio Batista, ex presidente de la república y nuevamente candidato presidencial, sorprendió al país con un fulminante golpe militar.

En las primeras horas de la madrugada del 10 de marzo de 1952, Batista acompañado por sus antiguos camaradas de armas, penetró en el campamento militar de Columbia y desde allí, asistido por una Junta Militar, depuso al presidente Prío



Socarrás y asumió al poder.

La razón que el propio Batista dio para justificar su acción fue la de que el gobierno mismo proyectaba un golpe de Estado para frustrar las elecciones y el previsible triunfo de la Ortodoxia en ellas. Se esgrimieron, además, otras razones: corrupción, falta de autoridad, etc.

Como primera medida, Batista derogó la Constitución de 1940, sustituyéndola por un Estatuto Constitucional; enseguida disolvió el Congreso, re-emplazándolo por un Consejo Consultivo, y removió a los gobernadores y demás autoridades del antiguo régimen.

Tras un período de calma en el que pareció no existir reacción alguna ante el golpe de Fulgencio Batista, comenzaron a manifestarse algunos signos de efervescencia. El Partido del Pueblo Cubano tomó una actitud de resistencia pasiva, demandando la renuncia de Batista y su sustitución por la vía del comicio. La fracción "priista" del Autenticismo adoptó una actitud semejante. El grupo dirigido por el ex presidente Grau San Martín, en cambio, se declaró dispuesto a concurrir a la consulta electoral preparada por Batista, y que los demás partidos calificaban de fraudulenta.

En ese clima, irregular, se llegó a los comicios de noviem-

bre de 1953. Sólo participarían en ellos el partido de Grau San Martín, y una coalición que apoyaba a Fulgencio Batista. Sin embargo en víspera del acto comicial, Grau decidió retirar su candidatura. Como consecuencia, se produjo el triunfo de Batista y sus partidarios.

La ascensión de Fulgencio Batista a la presidencia constitucional, a través de unas elecciones que la oposición rechazó, significó un recrudecimiento de las actividades contrarias al nuevo mandatario. Los partidos políticos tradicionales, sin embargo, no lograron oponer al gobierno un frente sólido y unido. Separados por desavenencias doctrinarias, los diferentes grupos sólo reconocían como elemento de unión su común aversión a Fulgencio Batista.

Un sólo partido, por otra parte, contaba con un fuerte respaldo popular: era el partido del Pueblo Cubano, cuya dirección se disputaban tres fracciones. Y fue precisamente de ese partido del que se separó un dirigente juvenil, disconforme con las tres corrientes en pugna. Su nombre, Fidel Castro, iba a ocupar las primeras planas de los diarios poco después.

(MM)

CONTINUARA